

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. GARCÍA MONGE.

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MARTES 10 DE MAYO DE 1921

Nº 19

El lugar de Mr. Woodrow Wilson en la Historia

PRETORIA, Africa del Sur, enero 3 de 1921.—Se ha sugerido que debo escribir una breve apreciación y estudio sobre la obra del Presidente Wilson, con motivo de la terminación de su período presidencial en los Estados Unidos de América. Siento que debo satisfacer esa sugestión. Siento que no debo mantenerme callado, cuando hay una oportunidad de decir una palabra para apreciar la labor de uno de los hombres con quienes estuve en más íntimo contacto durante un gran período, y que prestó los servicios más señalados a la gran causa de la humanidad.

Creo que Mommsen ha dicho refiriéndose al final de la carrera de Aníbal en medio de fracaso y del eclipse: «Los dioses proporcionan a sus predilectos infinitas alegrías e infinitas pesadumbres». Y esas palabras las he recordado a propósito del final de la carrera de Wilson. Durante unos cuantos breves momentos fué no tan sólo el jefe del más grande estado del mundo; sino que se elevó a alturas inconmensurables y se convirtió en el centro de las esperanzas mundiales. Y después cayó, mal comprendido y rechazado de su propio pueblo, cerrándose aparentemente su gran carrera con una señalada y trágica derrota.

¿Cuál es la explicación de esta tremenda tragedia, que no es no tan sólo americana, sino que afecta directamente al mundo entero? Naturalmente, existen elementos puramente americanos en la explicación, sobre los que no me considero competente para hablar. Pero además del descontento americano con el Presidente Wilson, hay algo que puede decirse sobre los grandes problemas que intervinieron en el asunto, y sobre ellos se me permitirá decir algunas palabras.

La posición ocupada por el Presidente Wilson en la imaginación mundial al terminar la Gran Guerra, y al comenzar la Conferencia de Paz era terrible por su grandeza. Era una po-

sición terrible para ser ocupada por un mero mortal. Probablemente ningún ser humano en toda la historia hizo volver hacia sí las esperanzas, las ple-



MR. WOODROW WILSON

garias y las aspiraciones de tantos millones de sus semejantes, como se volvieron hacia Wilson al final de la guerra. En un momento de la más profunda obscuridad y desesperación, había levantado una antorcha luminosa hacia la que se volvieron todas las miradas. Había pronunciado palabras divinas de curación y de consuelo, dirigidas a una humanidad postrada. Su elevado idealismo moral pareció dominar por un momento las brutales pasiones que habían desgarrado al Viejo Mundo. Y se supuso que poseía el secreto que serviría para rehacer al mundo sobre líneas más justas. La paz que Wilson iba a dar al mundo se esperaba que fuera la paz de Dios. El prusianismo se encontraba aplastado; la fuerza bruta había fracasado por

completo. El carácter moral del universo la había vindicado en forma señaladísima. Existía una esperanza vaga y universal de una gran paz moral, de un nuevo orden mundial que surgiera visible e inmediatamente sobre las ruinas del antiguo. Esta esperanza no era tan sólo un mero sentimiento superficial. Era la expresión intensa, al fin de la guerra, de la fuerza interior moral y espiritual que había sostenido a los pueblos durante la negra noche de la lucha y que les había dado la energía necesaria para hacer un esfuerzo casi sobrehumano. Sin duda, sin la menor duda, Dios había acompañado a los pueblos en aquella larga noche de agonía y de El era la victoria, y de El debía ser la paz. Y se consideraba al Presidente Wilson como al hombre encargado de hacer aquella gran paz. Había sido el portavoz de los grandes ideales de ese nuevo orden de cosas; sus grandes declaraciones se habían convertido en la base para contratar el armisticio y la paz. El idealismo de Wilson seguramente convertiríase en la realidad del nuevo orden de cosas en el Tratado de Paz.

En esta atmósfera de expectación extravagante y casi desenfrenada, llegó a la Conferencia en París. Sin vacilación se precipitó dentro de aquel infierno de pasiones humanas. Penetró al abismo como un segundo Heraclio para traer consigo a la bella Alcestes de los deseos mundiales. Hubo seis meses de espera agonizante, durante los cuales la situación mundial empeoró rápidamente. Y entonces surgió de nuevo con el Tratado de Paz. No era una paz Wilsoniana, y cometió el error fatal de producir la impresión de que esa paz se encontraba de acuerdo con sus Catorce Puntos y con sus diversas declaraciones. Aquella era una paz púnica, la misma clase de paz que el vencedor había dictado siempre al vencido durante millares de años. No fué Alcestes, sino una mujer repulsiva, con la fisonomía transformada por el odio, por la codicia y por el egoísmo,